

## CATASTROFES Y CONCIENCIA SUBJETIVA UNA VISION RETROSPECTIVA DEL TERREMOTO



FOTOGRAFIAS: JOSEFINA RODRIGUEZ MARXUACH

*Las urbes son algo más complejo que un simple agregado de construcciones, casas, jardines y edificios; constituyen un todo con dinámica interna. Son creaciones (producidas y transformadas por sus habitantes) y a la vez creadoras de los ciudadanos, a quienes modifican en sus elementos fundamentales, pues se convierten en un importante punto de referencia. La ciudad es también reflejo de los procesos globales de la sociedad, de sus errores y aciertos en lo económico, político e ideológico, de sus conflictos, pero sobre todo de sus expectativas, búsquedas y proyecciones.*



El ejercicio de una calle,  
el perfil de una casa,  
o la luz filtrada por las ramas  
pueden lograr el viaje  
hacia las personas que han rondado  
la engañosa celebración urbana.

Enrique López Aguilar: **La ciudad infiel**

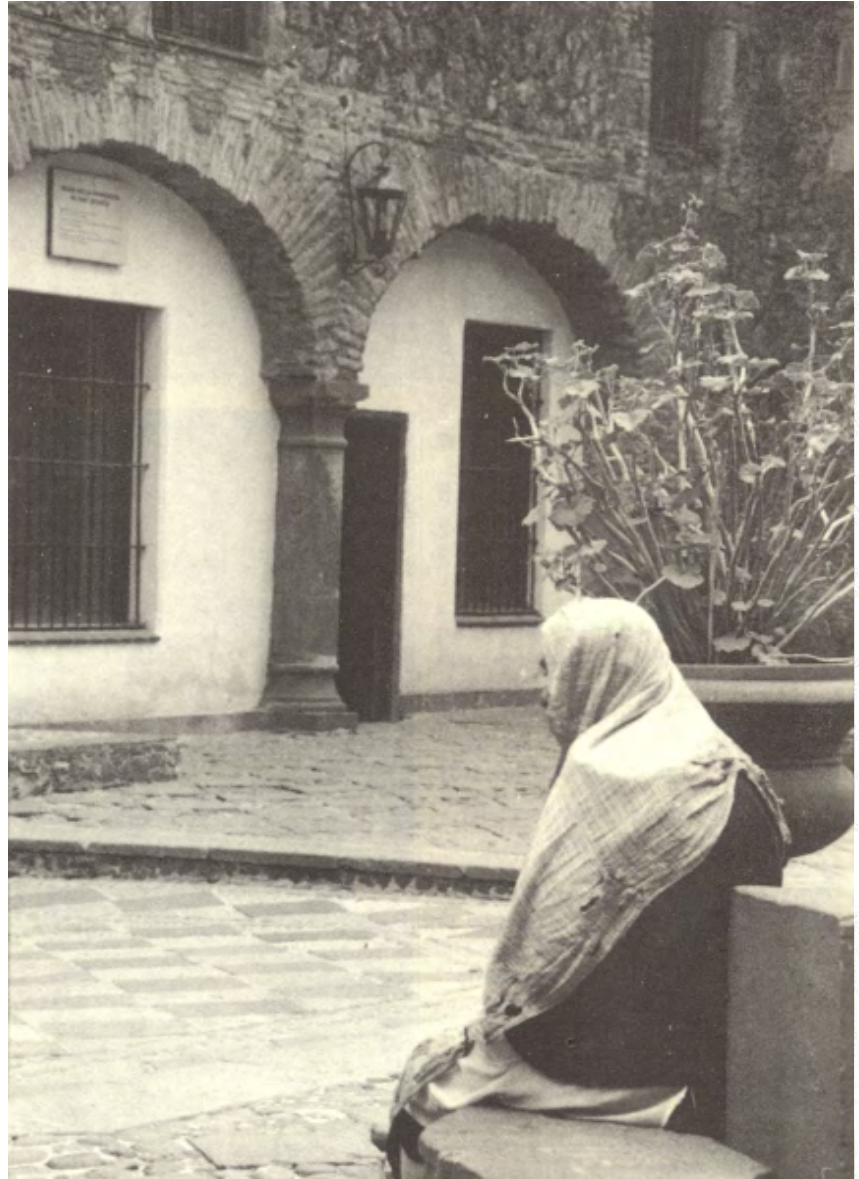
Las grandes catástrofes no  
son necesariamente los  
artífices pero sí, con toda  
seguridad, los pregoneros  
infalibles de revoluciones  
reales; en todo caso,  
constituyen siempre una  
incitación a pensar o más  
bien a replantearse el  
universo.

Fernand Braudel: **La historia  
y las ciencias sociales**

**E**l 19 de septiembre de 1985,  
como todos recordamos, un  
fuerte movimiento telúrico sa-  
cudió a la ciudad de México. En me-  
nos de un minuto se precipitaron  
cientos de edificios y construcciones  
habitacionales, la cantidad de pérdi-  
das humanas fue incuantificable.  
Desde ese momento se generaron  
situaciones de caos, de confusión,  
de solidaridad y de autoorganización  
por parte de los habitantes, apareja-  
das con actitudes oportunistas, sa-  
queos, represiones y pasividad de  
muchos sectores privados y oficiales.

Sin embargo, además de estas si-  
tuaciones, producto de la emergencia,  
se abrió una expectativa distinta en  
todos los habitantes; hubo actitudes  
difíciles de entender en su momento y  
que manifestaban que algo más se  
había perdido, que algo irrecupera-  
ble había quedado junto con los es-  
combros de los edificios, con los  
amigos y familiares desaparecidos;  
algo profundo se había modificado,  
además de la fisonomía de la ciudad.

En este artículo quiero dar una  
amplia explicación de esta circuns-  
tancia, de la conmoción generada  
por un edificio derrumbado, de la  
solidaridad de los que no perdieron  
nada, de los cambios en la concien-  
cia subjetiva a partir de un fenómeno  
natural. No se trata, por supuesto, de  
una explicación totalizadora que  
permita entender por qué cada indi-  
viduo hizo lo que hizo. Se busca, más  
bien, ofrecer un enfoque especial  
hacia las actitudes de confianza y



desconfianza que se alternaron en ese tiempo a partir del fenómeno urbano y hacia el habitante de la ciudad, desde una perspectiva proxémica.

II

Existe en arqueología un extenso debate para aclarar los orígenes, evolución y significados de las ciudades, aspectos de gran relevancia en nuestra época por el carácter específico que ha tenido el desarrollo de las clases medias urbanas en la sociedad nacional. Aunque subsisten dudas y preguntas, los avances son múltiples, veamos:

Definir las formas de asentamiento humano suele ser algo complejo, por lo que el problema se ha resuelto normalmente con la superficial oposición entre lo "rural" y lo "urbano". Tal contraste puede ser útil si se observa a la ciudad como fenómeno histórico, como resultado de un proceso vinculado con el surgimiento de las clases sociales y el Estado, proceso que se ha dado en nombrar "revolu-

ción urbana"; es la aparición de las ciudades lo que establece esta oposición, pues gran cantidad de modificaciones fundamentales de la sociedad van aparejadas con ella: se transformaron con rapidez las relaciones humanas originadas por la revolución anterior ("neolítica" o agropecuaria) que había permitido a la sociedad producir sus propios alimentos y con ello, como en cualquier proceso revolucionario, modificar radicalmente las concepciones que el hombre tenía de sí y de su entorno.

En las etapas de caza y recolección, el hombre permanecía integrado a la naturaleza. Después, con la producción agropecuaria, se la apropió a través del contacto cotidiano con la tierra, con las plantas, los animales y el medio ambiente, con todo aquello que era modificado para su beneficio. Quizás es el modelo de Caín y Abel, de la mitología hebrea, donde mejor se plasma el duro cambio de las etapas de caza y recolección a la producción agropecuaria. Sin embargo, en estos dos estadios la sociedad generó la concepción de su es-

pacio y su entorno de manera natural y espontánea, como reflejo directo de la naturaleza y del ecosistema en que estaba inserto.

Con la "revolución urbana", el hombre construyó su mundo propio, ajeno al medio natural que lo circundaba. En las ciudades plasmó cosmogonías, generó mitos, materializó procesos, creó y transformó los espacios a su "real entender", pues a fin de cuentas el hombre se convirtió en el creador de su paisaje; cambió también sus relaciones con los demás; su concepción del mundo, del espacio y del tiempo.

El origen de la urbe, como fenómeno social, tiene que ver con el surgimiento de las clases sociales. Cómo y por qué se desarrolló, este tema todavía se debate entre los arqueólogos que buscan explicaciones científicas para Mesopotamia, Egipto, China, Perú y Mesoamérica. Lo cierto es que con las ciudades emergieron procesos, fenómenos y situaciones nunca antes vistas por el hombre; sobre todo, se dio lugar a grupos nuevos cuyas necesidades, problemas y



expectativas serían diferentes a las de sus predecesores, y opuestas, desde luego, a las de sus contemporáneos campesinos. En pocas palabras se generó el "ciudadano", el "bicho urbano".

La ciudad es un producto histórico. Su existencia se debe a las circunstancias que permitieron la separación de grupos que se volvían ajenos a la producción agrícola a los que, en adelante, se les verá concentrarse en espacios nuevos, en un medio ambiente artificial que se modifica y destruye a través de la construcción de edificios, calles y casas; en el lugar donde, en forma tangible, se plasman los procesos generales de la sociedad y las resoluciones cotidianas que intentan dar respuesta al diario sobrevivir de los ciudadanos.

La gente de la ciudad no ha constituido un grupo homogéneo; desde siempre ha estado formada por fracciones diferenciadas, tanto por la pertenencia a alguna clase social, como por su localización espacial en el asentamiento. Lo que los asemeja es su identificación con la ciudad; ello los distingue y los separa del campesino, grupo social que conservó elementos de las sociedades preurbanas, lo que explica su arraigo a otras concepciones del mundo, de la vida y de la naturaleza.

### III

A través del tiempo los núcleos urbanos han adquirido características particulares y distintivas. En ellos se manifiestan, se cosifican, los procesos sociales, las relaciones entre los hombres y los procesos personales.



Para el "bicho urbano", la forma de ser de la ciudad, lo que esto significa y los símbolos que contiene, son modelo para toda la realidad. Esto es particularmente claro en la sociedad actual, donde las ciudades adquieren su máxima complejidad.

Las urbes son algo más complejo que un simple agregado de construcciones, casas, jardines y edificios; constituyen un todo con dinámica interna. Son creaciones (producidas y transformadas por sus habitantes) y a la vez creadoras de los ciudadanos, a quienes modifican en sus elementos fundamentales, pues se convierten en un importante punto de referencia. La ciudad es también reflejo de los procesos globales de la sociedad, de sus errores y aciertos en lo económico, político e ideológico, de sus conflictos, pero sobre todo de sus expectativas, búsquedas y proyecciones.

En toda urbe se materializan profundas desigualdades sociales. La existencia de espacios privilegiados y de cinturones de miseria — por citar

dos polos del abanico social existente—, los tipos de construcciones y de materiales empleados, los servicios e infraestructura de cada zona, plasman el papel real de las distintas áreas y segmentos funcionales. La distribución desigual de la riqueza se observa también a través de los espacios de mercado, de su ubicación respecto a las viviendas, áreas habitacionales y zonas de producción y gestión, de la administración pública y de las instituciones del Estado y religiosas, entre otras.

El consumo de productos, así como las posibilidades para acceder a ellos, independientemente de la conciencia que cada individuo tenga, se convierten en manifestaciones de la capacidad económica del grupo. Definen, entre otras cosas, el tipo y calidad de las edificaciones en el área urbana. De igual manera, los materiales empleados en un conjunto urbano dependen en forma global de su función, de la riqueza social y del tamaño y perspectivas de la ciudad. Los aspectos funcionales y estructu-



rales definen, en un nivel concreto, el tipo, la calidad y la forma de la construcción de los acabados que requiere, de su ubicación y superficie y, sobre todo, del contraste con otras construcciones con funciones similares, semejantes o distintas. Hay, pues, variabilidad formal-estilística en el espacio y en el tiempo para construcciones con funciones semejantes, aparejada con la diversidad derivada de los múltiples usos del espacio urbano y de la jerarquía social.

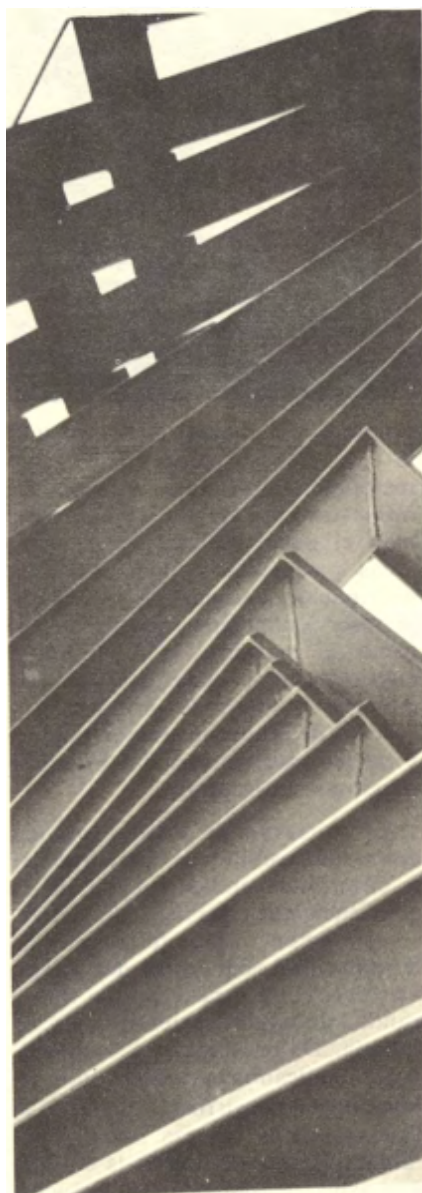
Las ideologías y los aspectos jurídicos y políticos se cosifican también en las urbes: en los edificios públicos especialmente construidos para funciones de administración, elaboración de leyes, justicia, celebración de ritos, enseñanza, etc. Al igual que en los casos anteriores, la importancia histórica de cada sector se puede demostrar por el tipo, magnificencia y posición de las construcciones.

Quizá el elemento más característico para analizar los espacios urbanos sea la asociación en tiempo-espacio que presenta cada uno de los elementos que lo constituyen, desde los singulares y representativos del individuo (presentes en las áreas habitacionales familiares), hasta los que expresan la generalidad y son reflejo de las estructuras y redes sociales en las que están inmersas las personas que componen la ciudadanía: el vaso de *whiskey* que tengo a un lado, junto con mi computadora personal sobre el escritorio, por ejemplo, actúan en el mismo plano espacial y temporal que Perisur, la Torre de Pemex, el Templo Mayor y que el trabajador que regresa a su casa en el Metro.

En síntesis, la ciudad adquiere múltiples formas culturales que son manifestación de las relaciones fundamentales de la sociedad, pero también de los quehaceres y las rutinas cotidianas. A través de ellas, esa materialidad que es la cosa urbana adquiere personalidad y vida propia.

#### IV

En su quehacer diario los hombres se vinculan entre sí y con el medio que los rodea, siendo emisores y re-



ceptores de mensajes. En lo cotidiano se crean símbolos, se plasman y resuelven expectativas, también se estimulan deseos que luego se convierten en necesidades. La vida de todos los días es tan constructiva como destructiva, en ella se establecen rutinas, el hastío y el agobio individuales que, cuando llegan a convertirse en irresolubles, pueden ser causa de movimientos sociales importantes. Pero desde un punto de vista positivo, la cotidianidad es ante todo el medio concreto en el que los hombres se apropian del entorno, de su trabajo, de su espacio. A través del contacto diario hacen suyas a las personas con que interactúan; dejan de sentirse extraños en un medio social o extranjeros en un país desconocido.

Para el "bicho urbano", el primer elemento de apropiación es el hogar, la casa, donde construye los símbolos más concretos, donde plasma los gustos más íntimos, sus seguridades y necesidades; donde los objetos que le circundan son el punto de referencia inmediato para la captación e interpretación de la realidad.

Otro elemento relevante es el trabajo: la máquina, la fábrica, la oficina, el escritorio o el área de actividad, los cuales pueden representar al principio un medio extraño, ajeno, pero que al correr el tiempo, de alguna manera, se hacen propios a través de actos o símbolos que manifiestan la mutua pertenencia. El hombre posee el trabajo y el trabajo posee al hombre. En la cotidianidad de la producción es donde surgen normalmente las innovaciones tecnológicas, organizativas o de cualquier otro tipo, relacionadas siempre con la especificidad del trabajo desarrollado.

Sin embargo, la vida involucra para el ciudadano muchos aspectos más: a fuerza del diario contacto con las calles, avenidas, paredes, rincones, medios de transporte, etc., a éstos también se les apropia. Los anuncios (desde los comerciales hasta los culturales e informativos), vehículos, transeúntes, colores y edificios que identifican el espacio ciudadano, se convierten en mensajes percibidos. Por esto, el "bicho urbano"



encuentra en la ciudad otro punto de referencia fundamental. La urbe, lugar donde se encuentran hogar y trabajo —cuando los hay y cuando no los hay— es el ámbito donde pueden alcanzarse el conjunto de cosas materiales, concretas, que observa, crea y recrea diariamente.

La ciudad se revela así como símbolo extenso y dinámico, como un medio ambiente fabricado asumido como paisaje natural por la fuerza de los hechos. Cabe decir que es precisamente ese carácter de producto humano, de algo construido y artificial, lo que hace que cada uno de sus elementos contenga un sinnúmero de hechos y procesos acumulados, ricas historias individuales o colectivas, integradas en significados y significantes. Por ello, además de evoluciones personales y locales, puede permitir la comprensión de procesos globales de la vida social. Ahí se plasman y materializan múltiples expectativas. Esperanzas, desaciertos y luchas quedan representadas en edificios, monumentos, parques y plazas (piénsese, por ejemplo, lo que Tlatelolco representa para varias generaciones de mexicanos, desde 1968). Árboles, señales, *grafittis*, el mobiliario urbano, las líneas o formas arquitectónicas son elementos que en conjunto permiten al individuo la construcción y recreación de historias y mitos, como señalaba Ibarra en 1977: "El hotel (Del Prado) me parece, más que nunca, un mausoleo. El salón donde está el mural ha sido convertido en cantina. Hay cuatro meseros y tres mesas ocupadas..."

Por eso, llegado a este punto, dejamos que el lector recorra su ciudad e identifique los símbolos que él mismo y su colectividad han construido.

## V

Al observar nuestra ciudad captamos aspectos inmediatos de la problemática que la aqueja y nos aqueja. En tal observación, sin embargo, normalmente se pierde la perspectiva global; la comprensión plena de un asentamiento con historia, lleno de



hechos que dejaron huella en su interior y con infinidad de realidades generadas cotidianamente por cada ciudadano.

La ciudad capital ha llegado a ser síntesis de los problemas fundamentales de México. Aquí, más que en cualquier otro lugar, subsiste la miseria y la opulencia, la lucha entre lo rural y lo urbano, de lo nuevo contra lo viejo. El espacio ciudadano es catalizador de las contradicciones que determinaron el devenir del país. Muy pocas partes en el mundo presentan estas características. Ello hace del Distrito Federal y de su área metropolitana un lugar atractivo —neuróticamente atractivo—, la gente se aproxima a él con un mito construido, a la vez lo rechaza y lo odia; aborrece cada uno de sus espacios, de sus habitantes, de sus manifestaciones. Sin embargo, permanece aquí atraído por el trabajo, por la personalidad de esta mujer —la ciudad es siempre un inmenso cuerpo femenino—, que puede ser tan constructiva como destructiva.

Es esta ciudad, por otra parte, espejo de lo que ha ocurrido en México (políticas, acciones de guerra, revoluciones, estrategias de desarrollo, estilos artísticos y miles de cosas más). La caída de Tenochtitlán marcó el inicio de un cambio fundamental. En la Colonia, las crisis ciudadanas fueron reflejo de los problemas del virreinato; los símbolos y personajes creados durante este periodo fueron adjudicados a las calles, ¿qué no recuerda la del Indio Triste, la de Don Juan Manuel, la de la Mujer Herrada, a pesar del absurdo cambio de esos nombres por el de países lati-



noamericanos? Durante el siglo XIX, los "cuartelazos" —apelativo con el que se designa en México a los golpes de Estado—, las tomas de la ciudad por los invasores, las tiranías, las democracias, los triunfos y derrotas de la República, se coagularon en uno o varios rincones de la ciudad: la Independencia borró los símbolos de la corona y construyó monumentos; la intervención norteamericana generó símbolos de resistencia como el hotel *La Pasadita*; la Reforma destruyó, saqueó iglesias y trazó calles en medio de los conventos; el Porfiriato afrancesó las construcciones, abrió paso a la industria y amplió la ciudad, haciéndola cosmopolita.

En el presente siglo se ha levantado una urbe gigante y madura donde polarizan lo moderno y lo arcaico. La ciudad se descompuso en partes para surgir moderna. Su crecimiento, implacable, se comió pueblos y villas, desarraigando a la gente que en ellos habitaba. Se convirtió, asimismo, en símbolo concreto de una revolución triunfante que modernizaría al país. Más que en cualquier periodo anterior, la ciudad de México llegó a ser el eje fundamental del desarrollo moderno. En la Revolución las derrotas del cuartelazo de la Ciudadela, la presencia de líderes populares en bares y restaurantes, como *Sanborn's* y *La Opera*, fueron los marcadores de ciertos aspectos revolucionarios: la desacralización de algunos espacios para la construcción de otros, como el Monumento a Alvaro Obregón en *La Bombilla*.

Buena parte del avance industrial de la nación se efectuó en el Valle de

México, especialmente al norte y poniente. El sur, después de un intento de industrialización, fue reservado para la clase media y para la nueva burguesía. La vieja aristocracia mantuvo su corredor desde la Roma hasta las Lomas, pasando por las colonias Cuauhtémoc, Condesa, Polanco y Santa María la Ribera, con sus estilos *nouveau* y *decó*. Con el tiempo, estas colonias fueron dejadas a la clase media, mientras que la opulencia se desplazaba más al sur. La ciudad, entre tanto, crecía estrepitosamente atrayendo población de diversas partes de la República, devoró pueblos y villas como Tacubaya, San Angel, Coyoacán y Tlalpan. Integró tradiciones locales y regionales y fue capaz también de olvidar muchas de sus propias tradiciones. Se destruyó a sí misma en los espacios de la antigua ciudad virreinal e independentista, como una muestra de la negación permanente de ese pasado, mientras buscaba sus raíces en las profundidades del Templo Mayor. Después, por las limitaciones impuestas por Uruchurtu, la ciudad creció hacia el Estado de México: Satélite, Netzahualcóyotl y las zonas de Vallejo, Lechería y Naucalpan.

Las políticas y algunos objetivos centrales del país se plasmaron en la creación de unidades centralizadas de servicios, desde el Centro Médico hasta la Universidad y el Instituto Politécnico Nacional, pasando por los grandes multifamiliares de la época: Miguel Alemán, Juárez, Tlatelolco. Con la modernización urbana, con los sistemas de vialidad —anillo periférico, viaducto, circuito interior, ejes viales, Metro— y con el





entubamiento de sus ríos, parecieron concretarse algunos ideales nacionales y revolucionarios: el progreso, la idea de un futuro cierto para cada mexicano, de un país desarrollado que implicaba la destrucción del "paisaje natural". Los ciudadanos asumieron en su cotidianidad estos símbolos y los recrearon sin observar la mayoría de las veces la otra realidad: los cinturones de miseria, el hacinamiento, las ciudades perdidas y el campo mexicano. De esta manera, la realidad, el mito y el símbolo de la ciudad de México han manifestado una auténtica falta de planificación urbana: son reflejo y espejo de la ausencia de un modelo de país por construir.

## VI

Durante los últimos 90 años la ciudad de México ha estado en permanente construcción. Han sido pocos los momentos en que no existieran obras mayores de infraestructura y equipamiento urbano, o bien de trazo de nuevas unidades de asentamiento (colonias), o de unidades habitacionales que se desarrollaron tanto en sentido horizontal como vertical. Este crecimiento imponderable generó, para las dos últimas décadas, la necesidad de ampliar el área de captación de recursos para el inmenso monstruo; surgieron problemas de abasto de agua que además de abatir los niveles freáticos del subsuelo de la ciudad y generar con ello su paulatino hundimiento, implicaron la enajenación de este líquido a los valles vecinos como el de Toluca y más recientemente, el de Cutzamala; la energía eléctrica tuvo que traerse de plantas hidroeléctricas ubicadas fuera del espacio urbano y de represas de ríos cada vez más alejados.

Sin embargo, además de estos problemas de abasto, hubo otros, consecuencia del desecho, la contaminación ambiental en el aire, en el suelo y en el agua; la ubicación de la basura y la extracción del área del Valle de México de las aguas negras. El agua se enajenó de regiones fértiles para



consumirse en la ciudad de México y vertirse hacia regiones áridas como contaminante del suelo y de la escasa agua potable. La antigua "región más transparente del aire" oscureció el cielo de la zona de los lagos y de los valles vecinos. Todos estos fueron los síntomas de la enorme fragilidad de esta ciudad que sólo fue evidente en el transcurso de la década de 1980.

Como un extraño prefacio a una de las conmemoraciones del inicio de la Revolución, en noviembre de 1984 explotaron los tanques de almacena-

miento de gas ubicados en el pueblo de San Juan Ixhuatepec, tristemente recordado como San Juanico. Este pueblo viejo, pero nuevo como asentamiento, generó el espacio de solidaridad de los habitantes de esta ciudad ante el desastre; sin embargo, por muchas razones, entre las que destacan lo circunscrito del efecto de la explosión, la manipulación de los medios informativos, la ubicación periférica en torno a la totalidad de la ciudad de México y, sobre todo, el hecho de tener poca profundidad





histórica y de ser desarraigado como espacio urbano, ya que la población era mayoritariamente inmigrante, el evento fue rápidamente arrinconado en el fondo del inconsciente y en el olvido por el resto de los ciudadanos. El presagio fue, de alguna manera, ignorado, como el sismo de 1957.

Igualmente patriótico el mes de septiembre de 1985 el terremoto sacudió los cimientos de la nacionalidad del "bicho urbano". Con un efecto catastrófico destruyó edificios en una amplia dispersión, pero concentrados en un espacio restringido dentro de la ciudad de México. Indiscriminadamente afectó construcciones habitacionales y estructuras destinadas a la gestión, de relativa diversidad temporal, que en la mayor parte de los casos fueron símbolos concretos de ciertos periodos de la historia moderna de México, todo aparejado con la muerte repentina de miles de personas. Si bien la variabilidad de las construcciones afectadas fue alta, la clase de edificios fue muy específica, como veremos ahora.

Un primer efecto de esta última gran catástrofe de la ciudad fue la desestabilización de la vida cotidiana. El impacto ocurrió en diferentes niveles, pero el primero de ellos fue el de generar una inseguridad profunda, debido a que la vivienda era mortalmente peligrosa; se dudaba del presente y del futuro inmediato. ¿Cuándo se repetirá? era la pregunta constante en todos. Los puntos de referencia fundamentales derivados de la vida diaria resultaron esencialmente frágiles, pues el terremoto violó las intimidades del espacio doméstico. Los efectos colaterales para los supervivientes reafirmaban esa ruptura: la falta de agua, electricidad y servicios conmovieron tanto como la convulsión generada por la búsqueda del pariente o del amigo desaparecido. Esta circunstancia favoreció la solidaridad inmediata con los vecinos próximos, pues más que ningún otro evento, el terremoto uniformó las circunstancias sociales de los distintos grupos, permitiendo romper las diferencias de estatus y de clase, aunque fuera por un breve tiempo.

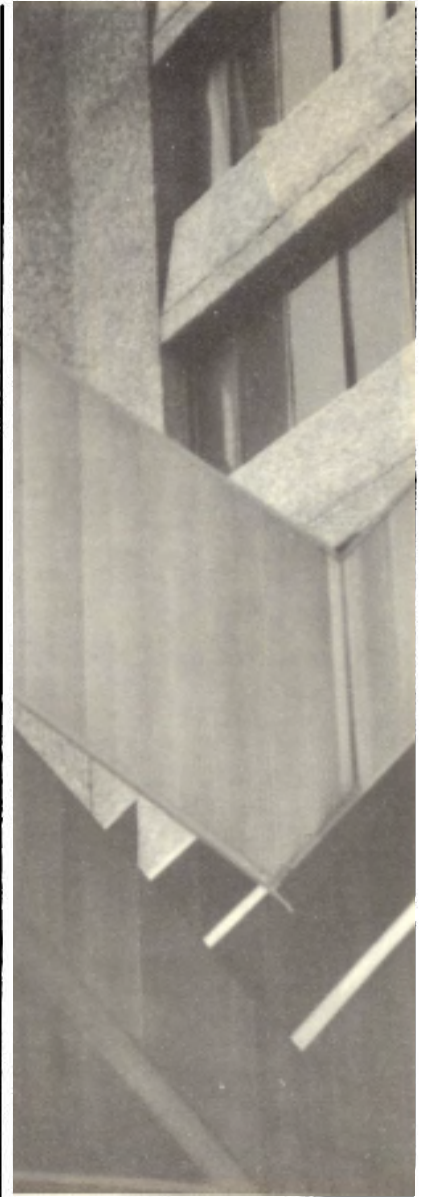




Durante los primeros tiempos posteriores al terremoto, la habitación se dio extramuros, se transfirió la intimidad y la seguridad inmediata del espacio cotidiano de la casa a la calle y al barrio y, en consecuencia, a la urbe. En ese momento, la emergencia se tornó cotidiana, junto con la conciencia solidaria que implicó la ruptura de niveles y de esquemas anteriormente dados.

Un segundo efecto, consecuencia de la vida hacia el exterior, fue la apropiación de los símbolos de la ciudad, el reconocimiento de cada uno de sus rincones y espacios y la asignación de referentes específicos a cada una de las fases urbanísticas. Si bien éstos pre-existían al terremoto, fueron asumidos de una manera más profunda, pues la existencia de edificios y estructuras fue mejor percibida en su ausencia, originada no por la mano del hombre —situación a la que el ciudadano estaba acostumbrado— sino por un evento natural.

Quizá las ausencias más notables, dentro del caos urbano de los primeros 15 días posteriores al terremoto, fueron las unidades de servicio centralizadas. Estas se originaron con el proyecto nacional de las clases medias urbanas, próximas al alemanismo, que implicaban la idea central de un desarrollo estabilizador; que México era capaz de salir del subdesarrollo abstrayendo las circunstancias sociales de la desigualdad. La imagen estaba dada por los multifamiliares (del Benito Juárez a Tlatelolco), por los centros de asistencia médica social (del Hospital Juárez al Centro Médico Nacional), por los servicios educativos (la nueva UNAM en el sur de la



ciudad). por las arterias de transporte (el Viaducto y el Anillo Periférico). Los estilos estaban bien marcados y el espacio geográfico de localización también: de la Narvarte hacia el centro de la ciudad, finales del *decó* y principios de la arquitectura funcional, con muros vestidos de nacionalismo.

Los centros médicos y los multifamiliares representativos de esta época marcaron su ausencia con la pérdida de vidas y también con el colapso de su significado: el México impune, optimista y pujante. Los desastres estaban fuera porque el país había pagado su cuota temprana con la Revolución. Así, la caída implicó el resquebrajamiento de la ideología subyacente, pues la ruptura de conciencia cotidiana generó una crisis general de credibilidad hacia el futuro de México, se rompió la idea promisorio derivada de la política oficial.

En breves lapsos de tiempo se generó una conciencia alternativa, colectiva, quizás efímera, pero cuyas consecuencias han sobrevivido a lo largo de estos cinco años y que se manifiestan en los aspectos políticos del "bicho urbano" de la ciudad de México. El ciudadano cambió, fue modificado por la fuerza, emigró y se renovó por nuevos inmigrantes; su pujanza se diluyó en las nuevas ciudades que pobló.

El terremoto unió pero, al final, desunió de manera profunda; a partir de ahí se han proyectado las nuevas desigualdades modernizadoras generadas en los últimos cinco años. El pasado fue destruido y la necesidad



de nuevos símbolos y puntos de referencia no ha sido rellenada.

Sin embargo, el quiebre del '85 no ha resultado improductivo, el resultado final se escribirá en un futuro próximo con los efectos de la contaminación, del hacinamiento, de la destrucción ecológica y de la nueva conciencia generada: la fragilidad del país por la fragilidad de su megalópolis que concentra cerca del 20% de la población nacional, de los recursos y del producto interno bruto,

hace previsible la inviabilidad del proyecto centralista y que una modificación profunda sea cada vez más necesaria. El México del futuro debe ser capaz de destruir el símbolo revolucionario de su ciudad capital.

